

Reseña de: Daniel Innerarity, *Política para perplejos*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2018

ISBN: 9788417355005

Castellanos Claramunt, Jorge: Reseña de Daniel Innerarity, *Política para perplejos*
ILEMATA, Revista Internacional de Éticas Aplicadas, nº 27, 399-403

Política para perplejos es una obra que disecciona con maestría la realidad política más actual. El profesor Innerarity maneja con solvencia la forma de transmitir hechos que han ido sucediendo en los últimos tiempos y que han generado entre la ciudadanía una reacción común: perplejidad. Sin duda la vida nos sitúa ante situaciones aparentemente inverosímiles pero que, de hecho, se han producido. En la obra se traen a colación situaciones que son *a priori* tan rocambolescas como la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca o la salida de Gran Bretaña, mediante referéndum, de la Unión Europea. Perplejidad, sin duda, es la palabra.

Tras una fase de indignación (advierte Innerarity que no superada) el autor encuentra elementos consistentes para calificar la situación actual como de generadora de perplejidad. Perplejidad por los hechos presentes. Y perplejidad por los que vendrán en el futuro. La incertidumbre fundamenta todo análisis de nuestra época. El autor sostiene que en épocas anteriores se manejaba un concepto de futuro quizás poco halagüeño, pero existía cierta estabilidad, lo cual daba una relativa idea de certeza a las proyecciones de futuro. Ahora no es el caso. Esa etapa se acabó. Impera la incertidumbre, no hay cálculos fiables, no hay previsiones probables. No pueden darse. De ahí el concepto de perplejidad sobre el que Innerarity fundamenta su obra.

Entrando en el análisis que argumenta el autor debemos centrar la mirada en tres elementos fundamentales: el pueblo, los expertos y la identidad. «Cada vez resulta más complejo identificar lo que el pueblo realmente quiere, se cuestiona más la autoridad de los expertos y tenemos una identidad, por así decirlo, menos rotunda» (p. 10). Vivimos en una sociedad muchísimo más heterogénea que la de cualquier otra época por lo que el concepto de “pueblo” dista mucho de encontrar una respuesta unívoca, sin embargo no dejan de aparecer iniciativas en las que determinadas posiciones se arrojan la categoría de guías y líderes del “pueblo”. Eliminar la posibilidad de que los ciudadanos participen en las cuestiones lleva de suyo el considerar que la voluntad popular es fácilmente descifrable, por lo que estos guías se invisten de la capacidad de fijar esa voluntad popular, sin consultar y sin estudiar nada, claro está. La cuestión de los expertos por supuesto genera un debate por sí mismo. Innerarity subraya la presencia de técnicos que nos han conducido a errores nefastos en el ámbito económico, precisamente por la naturaleza de incertidumbre que invade cualquier posibilidad de pronóstico futuro y, sin embargo, siendo efectivamente nefastos sus resultados precedentes, tienen la capacidad de ampararse en sus conocimientos técnicos para predecir nuevas situaciones y arreglar problemas de los que, en muchos casos, si no han sido sino generadores, cuando menos han sido cooperadores necesarios. Por último la cuestión de la identidad que descansa en un razonamiento simple y antiguo: nosotros y ellos. Se traza la línea divisoria y se establecen los posicionamientos oportunos. Sin más. Pero todas estas cuestiones, aun reconociendo el autor su existencia y su importancia responden al ámbito político, no a cuestiones innegociables. Entran en la esfera de la discusión y el crecimiento político y ciudadano de las sociedades. De ahí que Daniel Innerarity afirme que «el objetivo de la política es conseguir que la voluntad popular sea la última palabra, pero no la única, que el juicio de los expertos se tenga en cuenta, pero que no nos sometamos a él, que las naciones reconozcan su pluralidad interior y se abran a redefinir y negociar las condiciones de pertenencia» (p. 10). El trasfondo ideológico de estas tres cuestiones es el de poner de relieve que existe un cansancio ante la política por sus formas totalmente alejadas de la ciudadanía, también es notorio el malestar de amplios sectores de la ciudadanía por la reconfiguración del capitalismo financiero y, por supuesto, se aprecia un desgaste innegable del modelo multicultural. Ese cóctel de descontentos que destacó la ciudadanía con la indignación generalizada no ha tenido una solución firme, de ahí que haya derivado en perplejidad. Ante las soluciones de los que no saben nada, y las soluciones de los que lo saben todo, ambas peligrosas, el autor se posiciona claramente ante la época de la reflexión, de la consulta y del avance de la ciudadanía en la toma de responsabilidades. Una sociedad más horizontal. Considera

que nunca ha habido una época mejor para la reflexión y el análisis que ahora. Es un mensaje claro para huir de los extremos y las soluciones cortoplacistas.

Tras este análisis global de la obra comentaremos las partes en las que el autor va desgranando su disertación. En primer lugar aborda la cuestión del fin de las certezas, la incapacidad manifiesta y constatable de presentar pronósticos más o menos realizables. Sencillamente no se puede. Los hechos son tozudos y no se pudieron siquiera vislumbrar acontecimientos muy relevantes que hemos vivido recientemente. Además esta incertidumbre conlleva otras consecuencias como la de actualizar funciones que hasta ahora se habían desarrollado de una manera más o menos lineal. La referencia es a la labor que considera fundamental en estos momentos, la del periodismo, de la que advierte la nefasta influencia de conceptos que han ido apareciendo como el de la «posverdad». El autor es consciente de que la masiva información de la que disponemos no es digerible. Los medios de comunicación tienen un cometido fundamental en esta época. Ya no es cuestión de informar con rigor, que por supuesto, es necesario tramitar esa cantidad ingente de datos para que el ciudadano pueda tener una aproximación a los hechos que suceden de verdad y con una base documental amplia, pero no inabarcable.

Tras presentar esta sociedad de lo impredecible el autor remite a una cuestión que deriva de lo anterior: lo sentimental. Nos encontramos en una sociedad acelerada, que cambia permanentemente. ¿Cuál es el sentimiento natural en este contexto? Buscar tranquilidad. Buscar certezas. Pero el autor muestra que precisamente en esta sociedad en la que es más importante que nunca cierta capacidad de adelantarse al futuro ello se convierte en una quimera. Existe una indignación ante situaciones injustas, se focalizan los asuntos, pero no se pueden solucionar puesto que el futuro es más impredecible que nunca. Las sociedades se convierten en más inestables y aparecen posiciones que remiten a un pasado que si bien no era mejor, al menos era más predecible. Era más lineal. Se apela obviamente a los sentimientos, se prescinde en mayor medida de la pausa y la reflexión porque la sociedad vive en una permanente precipitación. Los pronósticos fallan una y otra vez y los reductos más alejados de la razón avanzan terreno. Los hechos que se han sucedido eran impredecibles en un corto periodo de tiempo anterior. Todo ello aviva el descontento y la perplejidad. He ahí un problema que hay que atajar. La falta de certezas no puede derivar en una ciudadanía que se mueva por impulsos. Que prime la rapidez y el aquí y ahora no puede prescindir de la reflexión y el análisis.

Otra cuestión a analizar es la de la sociedad de conceptos simples. La democracia por su propia definición debe ser compleja. Sin embargo estamos acostumbrados a que nos presenten

personajes maniqueos. Innerarity habla de que esta categorización binaria entra en una fase de duda. Las paradojas se multiplican. Aquello que hasta hace poco tiempo tenía una función de aclarar los hechos y darles cierta consistencia temporal desaparece. Llega al punto de que resulta hasta difícil identificar quienes son de los “nuestros” dice el autor. Ya no es tan fácil categorizar. «Todo esto se ha llenado de paradojas y hoy parece que resulta muy difícil saber quiénes son de los nuestros, cómo repartir la culpabilidad y la inocencia, por qué no ser un populista no le convierte a uno en un antipopulista, cómo se explica que un país pueda ganar soberanía y perder poder, por qué es tan complicado saber quién manda aquí o cuál es la razón de que la propuesta de una feminización de la política haya sido tan insuficiente» (p. 12). Esto genera la perplejidad que sostiene el autor. Una realidad repleta de paradojas y de hechos impredecibles, como la victoria de Trump, a la que dedica una parte considerable de la obra. Terminó ocurriendo lo que parecía imposible que sucediera dice el autor. Pero la imprevisibilidad del hecho no obsta a tratar de pormenorizar la situación que ha llevado a ese triunfo electoral. Innerarity aborda con minuciosidad este hecho y desgrana elementos de análisis que explican que aquello improbable puede ser posible. Y hay que razonar una explicación. No basta la perplejidad. Hay que analizar los hechos.

Siendo consciente de que gran parte del libro aborda la cuestión de la complejidad social actual y la perplejidad ante la política de nuestro tiempo Innerarity dedica la parte final de la obra a dos elementos: tratar de encontrar soluciones a lo expuesto y mostrar una visión optimista *pro* futuro. El autor aboga por diseñar sistemas inteligentes y no tanto cribar a las personas para encontrar a las más clarividentes. Es una tesis totalmente razonable porque el mejor sistema proporcionará mejores rendimientos y mejores resultados cara al futuro. Las personas más brillantes solo podrían parchear situaciones complicadas, pero las soluciones serían finitas y temporales por su propia naturaleza. Lo que plantea Innerarity es que los gobernantes perjudiciales, aquellos que realizan su labor mal, no puedan causar estragos a todo el sistema. De ahí la preponderancia de mejorar los sistemas de gobierno. Es una tarea compleja, sin duda, y no existen soluciones de la nada, todo ello exige reflexión, diálogo y progreso social, de ahí su complejidad. Pero no podemos quedarnos a la expectativa de que el gobernante elegido sea bueno y, si no lo es, pagar dolorosamente las consecuencias. Hay que mejorar los sistemas de gobierno precisamente para ello, para no sufrir las consecuencias de una mala elección. Atajar así la incertidumbre. No indignarnos y después quedarnos perplejos ante las vicisitudes. En suma, protegernos de las decisiones caprichosas, de los avatares del destino. Son los sistemas los que generarán una cierta estabilidad, una cierta certidumbre. El autor sin duda apuesta por ello. Y de ahí que concluya la obra con un repunte positivo, un halo de esperanza y optimismo. Aunque no desde el punto

de vista que se podría esperar, sino porque considera que la imprevisibilidad del futuro, esa construcción social que se realiza con mejoras sociales y de sistemas de gobierno puede traer unas mejores perspectivas. Ese diálogo imposible con el futuro, esa suerte de proyección a mejor a la que estamos abocados no es demostrable, pero como sostiene Innerarity tampoco tenemos datos ni información suficiente para lo contrario. De ahí que su visión resulta, por descarte, optimista.

Jorge Castellanos Claramunt

Universidad de Valencia

jorge.castellanos@uv.es